

La quinta noche esbocé un saludo explorador, que ella contestó del mismo modo. Por algún tiempo no hice más que saludar, pues habíame invadido una timidez de primer amor, mezclada a unos deseos ardentísimos de tener linda voz y de ser oído por ella; pero quince días después, habíala ya de amor al pie de su ventana.

Vivía enteramente sola, sin más servicio que el de una vieja gallega; y cuando pregunté por sus antecedentes al almacenero de la esquina, éste salió conociendo menos que yo mismo. Para colmo, sonrió son impertinencia, y decidí entonces callarme. Interrogar a la sirvienta era una mala acción que no entraba en mis cálculos.

Resolví, pues, aprovechar mi fortuna como venía, y limitarme a amar lo más fervorosamente que pudiera. El resto lo diría el destino.

Mi amada tenía una voz divina, aunque siempre baja, leve; más bien una intención de música, que una sonoridad definida. Muchas veces, al retirarme de aquellas citas, ebrio de amor, como es justo, me asaltó la idea de que ella no se había comunicado conmigo por medio del lenguaje, sino por una especie de melódica penetración de pensamientos. Hoy mismo, sereno ya como estoy, ¿podría asegurar que alguna vez oí de veras la voz, la voz angélica de Luisa Frascati?...

Lo cierto es que ella misma me invitó una noche a visitarla en la sala, para evitar murmuraciones vecinales, con esta única y caprichosa condición:

—Prométame bajo su palabra de honor que nunca encenderá la luz en mi presencia.

Lo hice, no sin sentir una ligera incomodidad de misterio. ¿Algún defecto, alguna fealdad inconfesable tal vez?

Futuras intimidades de cariño probaron lo contrario. Mi amada era bella hasta el éxtasis en su arcano de ser irreal. La noche misma de mi primera entrada en su casa, había advertido al retirarse ella del balcón para ordenar a la criada que abriera, una levedad extraña en su paso. Habíase dicho realmente que no caminaba. Pero mi dicha era demasiado intensa para insistir en detalles.

LUIA FRASCATI *

Empecé mis amores con la bella Luisa Frascati lo más vulgarmente del mundo.

Yo era jefe de un turno telegráfico que empezaba a las ocho de la noche, y hacía el trayecto a pie hasta la oficina en digestiva caminata, pasando a mitad de camino por una casa con dos balcones bajos, única en la acera. El resto quedaba ocupado por los fondos de una quinta, en cuya verja solía cortar madreselvas.

La casa de los dos balcones quedaba, con tal motivo, aislada; y por la misma razón, la acera resultaba oscura y tranquila. En uno de esos balcones tomaba el fresco una muchacha pálida, la primera noche que por allí pasé; tan pálida, que no pude menos de mirarla profundamente —mi paso habitual era mesurado—, lo que me hizo reparar al propio tiempo en su gran belleza. Era una noche cálida, empalidecida por dulces estrellas de verano. La madreselva relacionaba su perfume con aquella pálida joven, como es natural. Yo estaba poético, y mi corazón palpitó.

Pasé tres, cuatro noches seguidas. Ella estaba siempre allí. Siempre estaba allí, vestida de blanco, suave y muda como en una novela romántica, lo que me fastidiaba un poco.

* En *Caras y Caretas*, Buenos Aires, año X, núm. 473, 26 de octubre de 1907. Ilustración de Zavattaro. Recogido en nuestra edición de CD, pp. 94-97.

Mi amada tenía manos extraordinarias. Las manos más estéticas que jamás haya visto. Pero nunca me dejó rozarlas con las mías siquiera. Por extraño que esto pueda parecer, durante cuatro meses, noche por noche, hablamos de amor a solas en la más perfecta pureza.

¿Puede decirse, a lo menos, qué hablábamos?

Haciolo ella solamente, con aquella voz de melodía y de misterio, arrastrándome a delirios castísimos y simultáneamente profundos como el miedo. Nunca he sentido con tanta poesía la belleza de la soledad mutua.

A veces un rayo de luna entraba a la sala por el balcón entreabierto. Durante un rato, la hermosura de mi amada resplandecía en su palidez inmaterial, con aquellos ojos suyos que angustiaban como la proximidad del destino, aquella boca palpitada por el preguisto de los besos futuros, aquellas manos inaccesibles como el encanto de la fatalidad; pero no bien ella advertía el aumento de luz, alzabase con un leve escalofrío.

—Váyase —me decía casi angustiada. Y yo obedecía. ¿Hubiera podido hacer otra cosa en la servidumbre de mi propio éxtasis?

¡Maldita la hora en que pude hacerlo! ¡Maldito aquel calavera de Albertino Talante y su pérfido consejo! ¡Maldita la vanidad que me llevó a contarle mis amores!

Albertino Talante se rió de mí, porque en cuatro meses de citas no había dado aún un beso a mi amada. Y por no parecer cobarde ante aquel libertino, provoqué mi desgracia.

Quise, la misma noche, dar un beso a Luisa Frascati. Lo intenté canalescamente, por sorpresa; pero ella se me escapó como un soplo. Estoy seguro de que quiso gritar y no pudo. Yo había retirado la llave de la puerta.

Entonces empezó una carrera innoble y jadeante por el salón oscuro, donde, en su blanco traje, parecía ella un jirón de bruma. Dimos vuelta una y dos veces el recinto. De pronto un mueble se rompió con estrépito.

Súbitamente me detuve; entonces percibí a mi amada sobre el muro frontero del salón, inmóvil, como pegada a él, a una altura de dos metros sobre el piso.

En ese momento la criada abrió por fuera, entrando presurosa con una luz en la mano.

Mi sangre se paralizó de horror. Luisa Frascati no era sino un alto cuadro al óleo, en su marco dorado, con los reflejos característicos, las manos aquellas, los ojos aquellos, la palidez aquella...

No sé cómo abandoné la casa, pero nadie me lo indicó.

Un año después, aquel mismo Albertino Talante, autor de mi desdicha, vino a invitarme para asistir a la exposición previa de un remate de objetos artísticos: entrada personal con tarjeta.

Accedí, aunque ello casi me cuesta un accidente; pues cuál no sería mi asombro cuando apenas entrados me di de manos a boca con *aquel* retrato de Luisa Frascati. Un hombre de larga barba contemplábalo también.

—Diablo de cuadro —dijo mi amigo—. Habría jurado que ayer la dama estaba sentada y tenía un traje verde.

—En efecto —apoyó cortésmente el hombre barbudo.